

No es, sin embargo, imaginable pensar que lo arduo de la expresión vallejana nazca de un conflicto interior del poeta por el uso de una lengua que no cuadra a sus esquemas mentales, aunque así lo haya sugerido el propio Arguedas.²⁰ El problema al que, en ocasiones, se le ha dado un juego demasiado gratuito en América, existe en otros lugares y para otras gentes, pero no tenía por qué afectar a un ilustrado hijo de Santiago de Chuco, pueblo situado en un enclave totalmente castellanizado, donde, al menos en aquella época, nadie hablaba quechua.

La obra poemática de Vallejo no volverá a ser recopilada hasta 1939. Los *Poemas en prosa*, que Larrea prefiere situar bajo el título genérico de *Sermón de la barbarie*, muestran a un Vallejo que no renuncia a poner en juego sus reminiscencias serranas («La violencia de las horas»), a sumergirse en la «tahona estuosa» de la madre («El buen sentido», «Lánguidamente su licor»), a dejar circular alguna ráfaga de la vieja pesadumbre carcelaria («El momento más grave de mi vida»), pero que ya envuelto en la atmósfera de París, se sumerge en el mundo de los hospitales, analiza su inalterable dolor y su desorientación en el boulevard o en el Louvre, medita sobre el concepto de soledad en una casa vacía o sobre la plenitud que puede haber en un rostro mutilado... No hay el menor escaqueo indigenista.

Sí los hay, aunque limitadamente, en *Poemas humanos*. Ferrari considera a «Gleba», donde hay «labriegos» que «funcionan [...] a tiro de neblina», como «poema inspirado por la vida sencilla y patriarcal de los campesinos andinos»,²¹ con tipos humanos de textura análoga a «los mineros» («Los mineros salieron de la mina»), «craneados de labor / y calzados de cuero de vizcacha». Quizá sea en efecto, este último poema, exento, salvo la mención de la piel del citado roedor, que actúa como clave decisiva de identificación de rasgos localistas, el que posee mayor fuerza indigenista por el empeño puesto en destacar la vigorosa calidad humana de los personajes perfilados. Y obsérvese que la utilización de estos hombres no tiene carácter subsidiario: son lo que son, no están ahí para simbolizar o connotar o como objetivación de abstracciones —procedimientos que hemos señalado como vigentes en otros momentos—. Ejemplifican bien estos versos la formidable tendencia hacia la búsqueda del hombre concreto, llamado, eso sí, a un destino colectivo, que se da en *Poemas humanos*.

No hemos de computar como rasgo indigenista estricto el acongojado escape hacia el terruño del poema «Fue domingo en las claras orejas de mi burro, / de mi burro peruano en el Perú (perdonen la tristeza)», pero no cabe duda de que de esta explosión de nostalgia emana una intertextualidad que sirve de cobertura para la definición de aquel sentimiento en *Poemas humanos*. Más relevancia tiene «Telúrica y magnética» con su desencajada y aun agresiva («Cóndores? me friegan los cóndores!») recordación de lo andino, su arrogante instalación de su patria en lo universal («... Perú del mundo, / y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!»), y su arrogante autodefinition («Indio después del hombre y antes de él! / Lo entiendo todo en dos flautas / y me doy a en-

²⁰ «En Vallejo empieza la etapa tremenda en que el hombre del Ande siente el conflicto entre su mundo interior y el castellano como su idioma. El cambio violento que hay entre Los heraldos negros y Trilce es principalmente la expresión de ese problema» (J.M. Arguedas, «Entre el quechua y el castellano», en A. Flores (Ed.), Aproximaciones a César Vallejo, New York, Las Américas, 1971; p. 188).

²¹ A. Ferrari, El universo poético de César Vallejo, Caracas, Monte Avila, 1972, p. 175.

tender con una quena!)), donde A. Ferrari ve que el indio «esencializado y agigantado por la nostalgia» se constituye en «prototipo de humanidad». ²² Para ratificarlo Vallejo se presenta como «tu inolvidable cholo» en el poema dedicado a la muerte de Alfonso Silva («Alfonso, estás mirándome, lo veo»). Anotemos por último, este comentario ante una peculiaridad lingüística: «Así se dice en el Perú —me excuso» en «Ello es que el lugar donde me pongo».

No es demasiado, ciertamente, desde un punto de vista cuantitativo, considerando la extensión de *Poemas humanos*, pero no es poco cualitativamente.

La especificidad de *España, aparta de mí este cáliz* no puede ser, naturalmente, incompatible con el tema indigenista, ni con ningún otro. Pero Vallejo ha concentrado en España y lo español todas sus obsesiones: ha convertido a una y otros en prototipos de la madre y el redentor colectivo, imágenes de una utopía que, de repente, ya no hay que ir a buscar al pasado. Inútil exaltar nada que no sea este paradigma que acoge, generosamente, cuanto hay de positivo en el mundo hasta ahora verbalizado por Vallejo en su poesía.

Hemos de acercarnos, con esto, a la obra de creación en prosa de Vallejo. En 1923, año de su viaje a Europa, publica Vallejo *Escalas melografiadas* y *Fabla salvaje*, con pocos meses de diferencia. Dentro del aspecto que nos ocupa, el primer título apenas significa nada: las experiencias carcelarias en las que se incluye un sueño erótico, la evocación de la madre muerta, la historia de un hombre injustamente condenado y perseguido y otros asuntos concernientes a comportamientos humanos crispados configuran los doce extraños cuentos que abarca, vertebrados en un lenguaje próximo al de *Trilce*, si bien menos efectivo, y en los que el mundo andino apenas es aludido en algún dato casual. En cuanto a *Fabla salvaje*, historia de un indio desequilibrado que termina suicidándose nos sitúa ante un indigenismo que no pretende poseer un valor sociológico. La singular andadura del cholo Balta, sus rechazos y agravios a la desconcertada esposa, Adelaida, tienen sobre todo el interés de un caso patológico. Poco importa que Balta sea un «cholo» de ascendencia «toda formada de tribus de fragor», Adelaida «una dulce chola, riente, lloradora, dichosa». No hay ningún indicio de que lo que les sucede tenga relación con este hecho. Vallejo que ya se había ocupado del tema de la demencia en «Los Caynas» (*Escalas*), no trata de hacer una indagación en el alma indígena como tal —y menos si, como supone X. Abril, Vallejo ha desarrollado aquí la cuestión del desdoblamiento del yo a partir de «la sugestión» ²³ que le produjo el cuento de Poe *William Wilson*—, ni se pone en evidencia problema alguno de tipo social.

Ninguna reivindicación o exaltación de carácter laboral o cultural se desprende de este estimable *Fabla salvaje*, cuento de línea fantástica y no diferenciado en su ambientación de cualquier otro de los inmersos en la caudalosa corriente americana del criollismo, a despecho de la adecuada utilización de léxico andino y de digresiones, como la que reproducimos, auspiciadoras de esa tonalidad:

Cómo lloran las mujeres de la sierra! Cómo lloran las mujeres enamoradas, cuando cae el granizo y cuando el amor cae! Cómo toman un pliegue de la franela, descolorida y desgarrada en

²² A. Ferrari, «Introducción» a C. Vallejo, en *Obra poética*, Madrid, Alianza Tres, 1983, p. 12.

²³ X. Abril, «La idea del doble en Vallejo», en ob. cit., pp. 85-120.

el diario quehacer doméstico, y en él recogen las calientes gotas de su dolor [...], cuando el amor infla sus pezones, que sazonara el polen del dulce, americano capulí...

Para seguir adelante resulta oportuno recordar ahora otras palabras vallejianas de diferente signo, dirigidas a Alfonso Reyes: «Tengo el gusto de afirmar a usted que hoy y siempre, toda obra de tesis, en arte como en vida, me mortifica».²⁴ Tales palabras nos parecen altamente significativas, y justifican mejor que nada lo que sucedió cuando Vallejo se sintió impelido por alguna razón a contravenir su propia sensibilidad. Nos referimos, naturalmente, al caso de *El tungsteno*, novela elaborada sobre los apuntes recogidos en su juventud en la zona minera de Quirivilca, a la que aquí denomina Quivilca y sitúa en el departamento del Cuzco. En esta novela, publicada en 1931 en Madrid, se denuncian las condiciones inhumanas del trabajo en la mina y la explotación y represión organizadas por la connivencia del imperialismo económico —la «Mining Society»—, el caciquismo local y las corrompidas fuerzas policiales.

Entendemos que *El tungsteno* es un tributo rendido por Vallejo a la literatura social que en el Perú se promovía dentro del indigenismo militante fuertemente reavivado en inmediatos años anteriores desde las revistas *Mundial* y *Amauta* y el quincenario *Labor*, con la marcada participación de José Carlos Mariátegui. Por cierto que resulta curioso el comentario de Vallejo, recogido por Armando Bazán, cuando le fue entregado un ejemplar en París de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, comentario que no puede dejar de corroborar lo dicho a Reyes: «Yo leeré este libro... Pero sinceramente me cuesta mucho entrar en esta clase de literatura económico-social».²⁵

Naturalmente que Vallejo participaba del pensamiento del polémico ensayista, como lo atestiguan otras palabras suyas dichas en aquella misma oportunidad: «Presiento que estoy muy cerca de Mariátegui y estoy casi seguro de que iremos juntos, hasta las últimas consecuencias».²⁶ La cuestión es que Vallejo había asimilado el indigenismo —también el político— y el marxismo, metabolizándolo todo, por así decirlo, en una expresión que, por razones del desbordante humanismo de su sensibilidad, admitía mal su conversión en literatura doctrinaria, mientras toleraba muy bien integrarse en su poesía, forma privilegiada para la expresión de lo que estaba por encima de cualquier delimitación: su solidaria y permanente atención a la humanidad, sumergida, como él mismo, en el dolor desalentado de un mundo confuso. Por ello *El tungsteno*, es una novela fallida, sin que la salven el noble propósito del autor y la desdichada verdad de las ominosas situaciones que recoge.

Raimundo Lazo, al tratar de hallar algunos apoyos para la defensa de los valores literarios de esta novela, de siempre censurada desde este punto de vista, revisa algunos de los aspectos que han polarizado las críticas. «*El tungstenó* no es —asegura— una panfletaria novela de tesis.» Lamentablemente creemos que apenas es algo más que eso.

²⁴ Universidad Nacional de Córdoba, Aula Vallejo, núms. 5, 6 y 7, p. 27.

²⁵ A. Bazán, César Vallejo, dolor y poesía, Lima, Biblioteca Universitaria, s/f., p. 119. En esta obra se dice que Vallejo leyó el libro de Mariátegui en 1938, lo cual debe sin duda atribuirse a errata de imprenta, puesto que está claro por el contexto que Mariátegui aún vivía.

²⁶ Ibid.